

La desaparición de las estrellas

Me fui a la cama y las estrellas ya no estaban. Limpié bien el cristal de la ventana, pero no hubo manera. Habían desaparecido. Habían desaparecido Sirio y Venus y Carmilla y Altazor. Y también Mab y Zelda y Bacbuc y Dandelion y la constelación del Pavo y la Cruz de Lennon.

No me digáis que algunas de estas estrellas no existen. Son los nombres que yo les he puesto. Pues sí, reivindico el derecho de cada cual, especialmente de las chicas fantasiosas como yo, a llamar a las cosas no solo por el nombre del diccionario sino por el del diccionotro, es decir, por un nombre inventado y elegido. En el fondo, lo hacemos todos. Mis padres me han puesto Margarita, pero a mí me encanta que me llamen Maga o Maguita. Mis compañeros del colegio, ironizando sobre el hecho de que no soy precisamente delgada, a veces me llaman Megarita; mi abuelo, que está un pelín arteriosclerótico, me llama Margaritina, y a veces también Mariella, Marisella o bien Venusta, que era su hermana. Pero sobre todo, cuando estoy contenta, me llama Margarita Dolcevitá.

El guardia urbano delante del cual yo pasaba como un rayo en mi bicicleta me llamaba Vedespaciomarg. Las maestras me llaman Calladeunavez. Mi primer amor, prácticamente también el último, me llamaba Minnie. Vivía con sus tíos y tenía

una visión disneyana de la vida. Por aquella época los dos llevábamos aparatos en los dientes y nos dábamos unos besos metálicos que parecían los duelos de la *Iliada*. A pesar de eso los echo de menos. También a los catorce años se puede echar de menos. ¿Demasiado pronto, decís? ¿Y si te mueres a los quince?

Hablaba de las estrellas. Lo raro es que, poco antes, cuando había sacado a Dormilón, mi perro, a hacer su gira de sesenta minipipís, el cielo estaba despejado.

Así que las nubes no podían estar ocultándolas. De hecho abrí la ventana y vi que, justo donde una hora antes había césped y árboles, habían colocado una valla enorme, tipo pantalla de cine, de cuarenta o cincuenta metros, donde decía:

EN OBRAS

Lo que tapaba las estrellas era esa inmensa pantalla. ¿Qué está pasando?, me pregunté.